

Por [Olga L. Martínez](#)

Mi Luna escondió la luz tras tu ventana y
luciérnagas regresan
a saborear el gris de mi nostalgia.
Destellos azules cruzan el cielo y caen justo en el sitio bendito donde
me besaste por primera vez.

Aquel nuestro banco olvidó tus miedos, y guardó el sabor de un buen café.
El dulce, mordida en mi garganta, ahora sabe al sudor de tu pañuelo y
tiemblo si tu voz dice te amo.
Tu voz hinca mi pecho como espada y la savia de mis ramas corre al horizonte
en busca de luceros que cayeron una tarde y no supe dónde.
Chupo tu gota, la gota que dejas en mi sombra cuando no estás.
No es preciso el mar si los peces volaron al infierno, no es preciso el río si no puede acariciar el
mar.
Esta noche parece un sueño, y una palabra, solo una palabra salida de tus labios
se convierte en rayo y quiebra la montaña.
Atiza el fuego en mis entrañas y desnuda la llama en el misterio, para que puedas renacer en
mis cenizas.
Tú que sabes ser camino por donde mis pies descalzos pisan la lujuria, deberías medir la altura
de mis vientos.
Si no te siembras para siempre en mi jardín voy a ser florecilla silvestre
en tu mirada
a merced de la calma o la tormenta.
Esta noche clava tu voz en la impaciencia y saborea mi sangre bien despacio.
Cargo con tus huellas, calma este dolor, olfatea mi cansancio y desgárrame
en tu lava.
Soy intangible, pero aun así,
cuando tu voz me alcanza, tiemblo. Vivo de sueños, no sé hasta cuándo.
Si desgarraras mi piel, sería la señal de un nuevo comienzo.
No están quebradas mis alas, si todavía sé volar.